Un planeta lleno de carne

Por María Esther Núñez



Comprender a los demás
es un acto de heroísmo
Clarice Lispector

El puente peatonal se elevaba sobre una avenida que a esa hora estaba atestada de coches. Cansada de caminar y de sol, me detuve a medio cruce y miré hacia abajo a los autos que se desplazaban con gran lentitud, como inmensos animales intentando cruzar un río imposible. La imagen me hipnotizó: techos multicolores y codos asomados por las ventanillas, todo envuelto en un velo de vapor caliente que a manera de un pequeño oleaje deformaba mi visión. Los codos estaban desnudos y eran en su mayoría del color del café. La sensación de estar sobre esas personas sin rostro, de codos puntiagudos, era parecida a la de Dios. Supongo. Estar allá arriba y tener la libertad, a diferencia de los de abajo, de decidir sentarme, cerrar ojos y oídos, y volver el rostro al cielo, o continuar mi camino, o simplemente mirar la impaciencia humana desde lo alto como si yo no fuera parte del mundo. Yo creo que Dios siente lo mismo cuando nos ve a los seres humanos al borde de cualquier desesperación.



En esas andaba cuando desde lo alto vi una cabecita de cabello lacio, llamó mi atención porque se movía con mayor inquietud que las demás. Lo que sí deduje es que pertenecía a un niño de 8 o 10 años, no mayor. Aunque desde esas alturas para mí no era ni un niño ni un adulto, era un casi ser humano. Me detuve a observarlo. Intentó cruzar el río de autos pero regresó rápidamente a la acera porque empezaron a avanzar justo en ese momento. Permaneció inmóvil unos cuantos segundos y de pronto vi que se inclinaba.



Ilustración: Montserrat Nájera

Cuando se incorporó, alcancé a ver su mano que sostenía una lagartija por la cola. Un animalito flaco y grisáceo que se revolvía inútilmente. Enseguida lo levantó a la altura de sus ojos y lo detuvo ahí unos instantes como si quisiera hacer contacto visual con él. El animalito continuó agitándose sin poder desprenderse de esos dedos que lo aprisionaban. Debe haber estado aterrado; seguramente pensaba que un gigantesco monstruo lo iba a devorar o algo por el estilo, lo que despertó en mí una inmensa piedad. Yo estaba a punto de lanzar un enorme "suéltalo", cuando vi que el niño aventó la lagartija al río de coches. Así nomás. Una lagartija desnuda e indefensa arrojada a una muerte segura. Entonces, la agitada fui yo, tratando de ver dónde había caído el animalito. Sacudí mi cabeza de un lado a otro, mas no logré localizarlo, estaba demasiado lejos de mi campo visual. Pero lo imaginé: el animalito paralizado un segundo sin entender y a continuación iniciaba un frenético intento de fuga entre llantas y ruido ensordecedor para sus pequeños oídos. Si es que tiene. Supe que se trataba de una lagartija inteligente que, obedeciendo a su instinto de vida, había logrado regresar a la orilla de la acera, a salvo de los autos, ya que casi de inmediato la cabeza del niño volvió a inclinarse sobre la orilla de la acera y nuevamente levantó su mano con el animalito colgando de la cola. No tuve tiempo de concretar en mi cabeza la enorme rabia que sentí cuando vi al casi humano arrojar de nuevo al animal a la corriente de coches. Cubrí mis ojos con la palma de mis manos en un intento por no ver lo que veía. Luego me apoyé al barandal del puente y me incliné hacia abajo cuanto pude; no sabía qué gritar, pero tenía necesidad de lanzar algo. Me di cuenta que sería inútil desde esa altura, pero la gente alrededor de ese niño seguramente haría algo y lo detendría. No era posible un asesinato a plena luz del día. Las personas a su alrededor permanecieron impasibles, indiferentes, no podían no darse cuenta, me dije "no, no les importa", me grité a mí misma atrapada en el terror de la escena.

Corrí rumbo a las escaleras, con el ciego temblor del cuerpecito gris en la cabeza, para descender a toda prisa hacia el homicida, cuando de pronto el grupo de peatones donde él estaba aprovechó una súbita inmovilidad de los autos para cruzar el pantano de asfalto y llegar al otro lado de la avenida. Me detuve. No supe si la lagartija sobrevivió a ese segundo ataque; supuse que habría muerto y sentí ese escalofrío de caducidad que todo inunda.

Permanecí con la mirada fija en la ruta que siguió esa cabeza de cabello lacio, intensamente negro, que se alejaba con rapidez. A lo lejos pude advertir el color de su camisa: roja, con un logo negro indistinguible a media espalda. Se la habrá comprado su madre, pensé, una madre que seguramente lo quiere, o él cree que lo quiere, o ni eso. Una camisa roja con un logo negro, comprada o robada en cualquier sitio, cubriendo un gran trozo de carne cruda sin destino, carne con vida propia, carne que se mueve gracias a un dios iracundo. Carne que camina. Mata. Un planeta lleno de carne.



María Esther Núñez es psiquiatra y anestesióloga. Realizó un diplomado en Estudios Literarios en la Universidad Iberoamericana y ha tomado talleres literarios con Elena Poniatowska, Eusebio Ruvalcaba, Daniel Sada, Alberto Vital y otros escritores. Es autora de *Locutores en acción* (1998) y *Silencio rojo* (2008), entre otras publicaciones; además, es ganadora del 13.er Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano" 2016 de la UAEM.